

La fuente

Adrián Maldonado

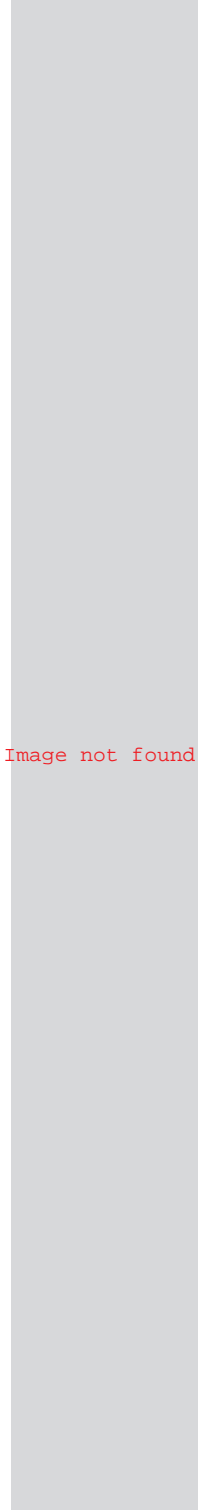


Image not found.

Capítulo 1

La fuente

Por Maldonado Amézaga Adrián Esteban.

El alba rayaba, a lo lejos, se podía ver ese astro que con su luz abraza cada mañana, calentando y dando un amor parecido al de una madre, con sus rayos cálidos y confortables, haciendo que los animales se despertaran, estirasen sus patitas y comenzaran sus días, los pájaros calentaban sus alas y tomaban vuelo, los perros por igual, agitaban su cabeza y corrían en busca de comida, al igual los hombres, vistiéndose con sus duros trajes y sus apretadas corbatas, todo para salir a buscar el pan de cada día, las mujeres por su lado, con sus hermosos vestidos y sus envidiables sonrisas idignas de una mujer! Se preparaban para salir a sus actividades diarias, cada madre del pueblo también comenzaba la jornada, alistando a sus hijos y a su esposo, con un amor incondicional, con la sutileza de una flor, idignas de una madre!

En una parte de la sociedad media-baja, cercano a un cerro, un niño se levantaba de su cama, pequeño y delgado, de unos 6 años de edad, de cabello desordenado y quebrado, entre ondulado y lacio, arrastrando sus pies por la alfombra, se tambaleaba somnoliento hasta la cocina, donde el olor a tostada atacaba su nariz y en donde un vaso de leche lo esperaba amenazadoramente en la mesa, el niño pudo divisar a su madre haciendo labores en la cocina, cuando escucho su voz.

—Cariño, ¿ya estás listo para ir a la escuela? —, preguntó con una voz tenue y dulce la madre del pequeño, acariciándole el cabello cuando el niño se acercó lo suficiente a ella.

—si digo que no, ¿podré faltar? — inquirió el menor, esperando que la respuesta de su madre fuera afirmativa, aunque él sabía que no sería así, pero tenía un rayo de esperanza.

—No, acabas de aliviarte de esa espantosa infección en la garganta, —respondió severamente, pero sin exaltar la voz la progenitora —, ya no puedes darte ese lujo hombrecito, si faltas más, tendrás más faltas que asistencias.

Seguido de esa corta charla, el niño tomó el pan tostado que su madre le había dado, camino hacia su cuarto, se alistó, de una manera tan indiferente, casi automática, mientras daba una que otra mordida al pan.

Después de unos minutos él y su madre caminaban hacia la escuela.

Como el lector puede adivinar, Roberto, el nombre del pequeño, no tenía padre, ni nada a algo que se le asemeje, algunas noches, cuando su mente estaba despejada y su madre le acariciaba el cabello sentada en la orilla de la cama, él le preguntaba dónde estaba su padre, la madre, simplemente callaba, Roberto tenía más que suficiente respuesta con ese incómodo silencio.

Para llegar a la escuela, se debía pasar por una plaza, que quedaba justo enfrente de la escuela pública donde asistía Roberto, llamada Simón Bolívar, ahí, en el parque, el niño vio mientras paseaba distraídamente por unos puestos de golosinas, una fuente que no había visto nunca antes, con gran asombro y la boca abierta corrió como un tonto hacia ella, al llegar, cerro la boca para después volver a abrirla, buscó palabras para preguntar a su madre, estaba atónito, pero al no encontrarlas cerró sus labios, después de un momento de pensar lo que diría exactamente, habló.

—mami, ¿Qué es esto? —inquirió.

Y permítanme contar que aunque suene tonto que alguien pregunte que es una fuente, hay que decir cuál era la forma y el tamaño de la fuente, suficientemente extraordinarios como para que un niño no la reconociera como un objeto tan banal como una fuente.

La fuente era blanca, tan blanca como el yeso, casi se podía tocar como si fuera leche, pero dura como cualquier otra roca, la diferencia entre esta fuente y las demás, era que esta fuente no estaba hecha con una pared en forma de circunferencia, sino que la habían construido excavando un círculo en el suelo, seguido, cubrieron la fea y húmeda tierra del hoyo con un brillante y delicado azulejo, parecido a laminas de zafiro, tan azules y profundas como el mar, y sobre las orilla palomas, en la circunferencia de la fuente, exquisitas palomas, tan bien esculpidas, que se podía jurar a que son reales, casi se podía escuchar gorgorear algo dentro de esas piedras, su única característica que difería de la realidad, era que eran completamente blancas, incluyendo los ojos, mientras que en el centro de la fuente, se erigía un enorme cilindro plateado, terminando en una forma convexa, parecida a una lámpara, de donde salía una agua tan cristalina como la del río más puro, y de un sabor aunque insípido, de alguna manera, mucho mejor que cualquier otra agua que alguna vez se haya

tomado.

—Es una fuente hijo mío, cuenta la historia, que si traes una pedazo de pan a las palomas que ves aquí, ellas te agradecerán por tu buena voluntad y si eres de buen corazón, te ayudarán cuando más necesites una mano. —contestó con un tono de sabiduría la madre.

Así, Roberto, decidido y conmovido por la historia, llevó un pan al día siguiente para las blancas palomas, al depositar el pan en el suelo junto a las estatuillas, casi sentía escuchar el arrullo agradecido de las palomas, pensaba que tal vez, sólo tal vez, una paloma había sido hundida en yeso y gritaba por ayuda, pero después se sintió tonto y descartó la idea, cada día llevaba un pan a las aves, y así pasaban los días, seguido de las semanas y después los meses.

Roberto cumplió su aniversario, ahora tenía 7 años, pero sus manos seguían llevando dos o tres rebanadas de pan durante las mañanas, todo seguía su transcurso natural, pero al llegar el invierno, la madre de Roberto cayó en un estado de vida o muerte, una enfermedad la había llevado hasta su lecho, sus ojos se volvían cada vez más negros, tanto como la brea, su piel, ¡oh su tez! Estaba tan blanca y débil como una hoja de papel, parecía que se podría quebrar con la brisa, cada ruido penetraba en su cabeza como un millón de taladros, sentía la furia de Dios caer sobre su cuerpo, debido a sus constantes ausencias al trabajo, se necesitó de 2 semanas para que fuera despedida de su empleo, mientras que la salud, de la pobre mujer decaía, las facturas y cobros, llegaban, y Roberto debía ir solo a la escuela, volver y ayudar a su madre a recuperarse de sus constantes fiebres y dolores extremos.

Así pasaron los días, las semanas, hasta que Roberto cumplió 8 años, y su madre llevaba un año en la cama, en una inexplicable y constante lucha por su vida, Roberto ya debilucho, delgadísimo y demacrado por la falta de alimento, sin embargo, seguía llevando pan a las palomas, hasta que un día, Roberto al llegar con las palomas, se postró frente a una de ellas y le dijo en un tono deprimente.

—Paloma, ¿por qué me has abandonado? Escúchame palomita querida, durante dos años, me has abandonado, te he atraído el pan durante meses seguidos, ¡dos años! Te he amado como una mascota, y ahora me das la espalda, ¡sufro hambre, sufro por mi madre! En el día espero hasta la noche para comer algo, hasta que llega la noche me emociono, luego me doy cuenta, que sigue sin haber comida, quedándome en la espera del amanecer, pero al amanecer que busco alimento, sigue sin existir, pero

eso no me importa, ¡preferiría no comer nunca, que mis labios no tocaran agua jamás! Pero me gustaría que mi mamá se levantara, que vuelva a ser bonita y alegre como era antes, que me acaricie el cabello como lo hacía siempre, no como ahora, que sus débiles manos no pueden tocarme la cabeza sin temblar como una anciana, ¡ayúdala a ella! Y olvídame a mí. —lamentablemente el chico dijo esas palabras tan propias de un adulto, conmoviendo a la paloma, ¿cómo era posible que un infante dijera semejantes palabras? Tan duras y tristes, seguido de esto, el niño, con una mentalidad mucho más avanzada, debida a los muchos sufrimientos, se encaminó a la escuela.

Ahí, sus calificaciones habían bajado, Roberto ya no era el niño sociable y alegre que todos conocieron, ahora era retraído y solitario, su cabello era opaco y sin vida, su rostro rosado era ahora pálido y demacrado, se la pasaba buscando comida que los demás menospreciaban, para poder llevarla a su madre, durante el recreo se introducía a hurtadillas a la cafetería de la escuela y se robaba una pieza de pan, para el día siguiente llevarle a la paloma, y cuando algún compañero lo atrapaba y le preguntaban porque no robaba más, o se lo daba a su moribunda madre, en vez de dárselo a una paloma de cemento, este respondía que sólo robaba para las palomas, porque robar era malo, y prefería comer de la basura que del hurto, pero una paloma nunca hallaría diferencia alguna.

Esa noche, el niño ya acostado, sucio, carente de servicio de agua potable o cualquier otro servicio, miró por su ventana y observó como unas alas blancas se batían en el cielo, hasta llegar a la orilla de su ventana, ¡majestuosa aquella paloma! Se podía hacer pasar por un ángel, ¡tan blanca como la nieve, y tan linda como las rosas! picoteó el cristal de la ventana, Roberto, entusiasmado, sobre todo estupefacto, abrió la ventana y saludó a la paloma efusivamente.

— hola amiguita, ¿qué haces aquí? No tengo pan que darte, deberás buscar en otro lado —exclamó el niño, pensando que la paloma buscaba un poco de alimento.

—Tranquilo, no vengo a pedirte comida —. Contestó la paloma, — te quiero ayudar.

— ¿Cómo podrías tú ayudarme palomita? — inquirió el niño sorprendido al ver que el animal podía articular palabras. Aunque pensó que tal vez sería el hambre, que le jugaba una mala pasada.

—Sencillo, dijiste que darías todo por tu madre, ¿aún piensas igual?
—cuestionó la paloma con una voz melodiosa.
—Claro, lo daría todo por ella, —respondió el pequeño, de pronto, justo al terminar la frase, su semblante recuperaba color, sus mejillas volvían a ser rosadas y sus huesos se dejaban de marcar en la piel, todo el dolor y todas las penas habían desaparecido de su cuerpo, sentía como si flotara entre una cómoda nube pensó, de pronto un sueño entró en sus párpados, volviéndolos pesados, tan pesados como el plomo, y sintió un sabor extraño en la garganta, como si algo sin vida estuviera en ella, pero cuando menos lo esperaba, empezó a dormir.

Al rayar el alba, como por arte de magia, la madre se había reincorporado drásticamente, al igual que su hijo en la noche anterior, su semblante era lindo y terso, su cuerpo era carente de cualquier enfermedad, había recuperado la vida que ya consideraba perdida, contenta, corrió hacia la habitación de su hijo, para enseñarle el milagro divino, buscándolo sobre su cama, allí encontró a Roberto, desnutrido, yaciendo muerto sobre una cama, llena de plumas blancas alrededor del cuerpo. En el entierro, sumamente modesto, el cuerpo fue depositado lentamente en un agujero de 3 metros, la madre lloraba, cuando de pronto, unas palomas comenzaron a depositar en el féretro volando por encima, una flor blanca, hasta llenar la madera de un manto blanco, mientras el cielo estaba lleno como un mar de aves blancas. Mientras tanto, en la fuente, una paloma nueva aparecía junto a las otras, y un niño que va con su madre a la escuela, ve la fuente por vez primera.